

De actualidad

La civilización ibera



Volvemos a echar otra ojeada a la admirable "Historia de la civilización ibérica" del portugués J. P. Oliveira Martins, la mejor obra sin duda alguna sobre la misión universal de los pueblos peninsulares. Y téngase en cuenta que para el máximo historiador de nuestra civilización "Hespanha" quiere decir lo que para los romanos Hispania, toda la Península Ibérica y acaso algo más.

Acabamos de echar otra ojeada a ese libro admirable, y aun en medio de las tristezas y de las vergüenzas presentes, las del presente reino de España, nuestro ánimo sale confortado. "¡Aun así y todo...!"—nos decimos.

Sí; creemos en una misión histórica universal de los pueblos de lenguas ibéricas, de los descendientes, por decaídos que estén, de los almo-gávares que fundaron el ducado de Atenas, de los lusitanos que doblaron el cabo de las Tormentas y fundaron un imperio cristiano en la India Oriental, de los castellanos que, con Cortés y con Pizarro, crearon el imperio español de las Indias Occidentales. Y recordamos nuestras lecturas de la Crónica catalana que Ramón Muntaner empezaba a escribir en la alquería de Xilvella, en la huerta de Valencia, el año 1335, y las del poema "Os Lusíadas" de Luis de Camões, y las de nuestros historiadores de Indias y las del Libro (el "Quijote"). Y pensamos en la obra pasada y en la futura de la civilización ibérica...

¡De la civilización, entiéndase bien, de la civilización! Que ha de ser civil y ha de ser nacional. Civil, y no militar; nacional y no imperial, ni siquiera regia.

Y creemos más; creemos en la posibilidad de una especie de confederación, siquiera cultural—si no política—de los pueblos de lenguas ibéricas de una y otra banda del gran Océano, del que llamaron los portugueses el "mar tenebroso". Creemos en ello; pero creemos que para alcan-

zarlo hay que acabar con todo resabio imperialista y con toda pretensión guerrera. Hay que acabar con el instinto de los conquistadores.

No vamos a decir ahora nada de la obra de los portugueses en Marruecos, en Ceuta, en Tánger, ni del martirio del santo infante don Fernando en 1443, ni de la trágica jornada de don Sebastián en Alcazar-quebir en 1578, ni de la empresa del cardenal Cisneros en Orán más de medio siglo antes. Esto no fué propiamente una obra de civilización en Africa, porque ni el infante don Fernando de Portugal, ni el cardenal Jiménez de Cisneros ni el rey don Sebastián llevaban espíritu civil al Africa, sino el de una cruzada de orden militar, algo entre eclesiástico y castrense. No, eso no era aún obra de civilización; no era sino el desquite de la conquista de España por los musulmanes.

Queremos creer, sí, en una misión histórica universal de los pueblos de

la Península Ibérica y los que han brotado de las que fueron sus colonias, pero para esa misión estorba el reino y estorban las Juntas. Esa obra tiene que ser nacional y civil. No es misión de un imperio y menos de un imperio pretorianizado.

Pero para esa obra ¡ay! es menester primero que se resuelva nuestra santa guerra civil — civil y nacional —, la guerra que la nación española lleva desde hace más de un siglo en las entrañas, la guerra del liberalismo contra la nefasta herencia de Carlos V de Alemania, contra la obra anticivil y antinacional de los Habsburgos de España. Porque fué la heredada germánica de Carlos de Gante, del hijo del Hermoso de Alemania y de la Loca de Castilla, la que impidió que la obra de España en América, y en España misma, fuese más acabada.

¡La misión histórica universal de España dentro de la gran comunión espiritual de los pueblos de lenguas ibéricas! Sí, sí, pero ha de ser una

misión de libertad, de verdad, de civilidad, de justicia. De justicia sobre todo.

Y cuando aquí, en el reino de España, se atropella la verdad y la civilidad y la libertad y la justicia; cuando aquí, en el reino de España, subsisten la ley de jurisdicciones y la "ley de fugas" y las deportaciones y la declaración — ¡acto de demencia! — de ser delito de estafa recaudar cuotas de sindicatos y la protección a ejecutores de venganza privada; cuando aquí, en el reino de España, se ampara el juego de azar como medio de que se distraiga el rebaño y no se percate del esquileo; cuando aquí retoña, yacente la Constitución, la Inquisición de antaño; cuando aquí, en este reino de España, pasa lo que está pasando y quedan las vergüenzas que están quedando y se hace una montaña con los borrones para cuenta nueva... no hay que pensar en esa misión histórica universal de nuestros pueblos ibéricos hasta que no resolvamos nuestra santa guerra civil, hasta que no nacionalicemos y civilicemos a España sometiendo al poder civil de la nación todos los poderes que pretenden ser, o abierta o clandestinamente, soberanos.

He aquí por qué no puede prosperar la empresa actual de Marruecos y en su actual forma, porque no es ni una empresa civil ni una empresa genuinamente nacional; porque no se va ni a civilizar ni a nacionalizar aquellas tierras. Las conquistas patrimoniales se acabaron ya; su imperio acabó en 1898.

Ni cabe hacer obra duradera nacional y civil mientras no se raspen, y aun a hierro y fuego, los borrones bajo los que se quiere abrir cuenta nueva. La vida nueva de la misión histórica universal de España pide otro régimen y otros hombres. Y otro espíritu.

MIGUEL DE UNAMUNO